



www.loqueleo.com

La vorágine

1924, José Eustasio Rivera

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-71-1

Impreso en Colombia por Editorial Buena Semilla.

Primera edición: Editorial de Cromos, 1924, Bogotá

Primera edición en Loqueleo: agosto de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo: diciembre de 2017

Prólogo:

Ricardo Silva Romero

Estudio de obra:

Felipe Martínez Pinzón

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta:

Sandra Restrepo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

LA VORÁGINE

JOSÉ
EUSTASIO
RIVERA

Prólogo de Ricardo Silva Romero

loqueleg

El secreto de *La vorágine*

Por Ricardo Silva Romero

7

Por qué lee uno *La vorágine* en la vida. De qué le sirve.Cuál es su secreto. Si me lo preguntan a mí, que la he leído despacio porque cada línea me ha parecido un verso, diré a cualquier lector que esté a unas cuantas páginas de leerla por primera vez —a cualquier lector que se disponga a ir detrás de su protagonista, el poeta quijotesco Arturo Cova, en el ojo de ese huracán de todos los verdes— que estar a punto de leer *La vorágine* es estar a punto de emprender el más cierto, el más escalofriante, el más revelador de los viajes que se hayan hecho a los infiernos. Si me lo preguntan a mí, advertiré que leerla da placer, porque sus frases de hace noventa y dos años van sumándose como sucede en la música, pero también dejaré en claro que da miedo. Cómo puede haber tanta maldad en el mundo, piensa uno cuando la lee. Cómo llega una persona a permitirse semejante violencia.

Cómo puede pasar que un colombiano viva y muera sin haber sido notado por Colombia.

Uno lee *La vorágine* porque su título —el huracán, el remolino, el caos— es la respuesta a la pregunta “qué es Colombia”; porque su autor, el abogado, político, poeta, expediciona-

rio José Eustasio Rivera, vio y olió y pisó la lejanía que está narrando; porque sus personajes, hombres y mujeres de camiones claros y sombreros oscuros, parecen vivos como parecen vivos los fantasmas; porque su trama, que es, repito, la crónica del más osado de los viajes a los infiernos, en un momento dado se vuelve un sueño vertiginoso que uno está teniendo; porque esa selva enloquecedora y ajena que va describiendo verso por verso, como sembrándola, como recogiéndola, es nada más y nada menos que el 49 por ciento del territorio del país; porque esa sociedad sometida, torturada, burlada por sus dueños y sus capataces es esta sociedad sometida, torturada, burlada por sus dueños y sus capataces todavía.

Hubo un día en el que el infierno no fue más el sótano polvoriento lleno de gusanos a donde iban a dar los antiguos cuando morían, ni la prisión hirviente en la que encerraban por siempre y para siempre a los pecadores, sino cualquier lugar en donde una persona fuera despojada de su humanidad. Y la selva cauchera de *La vorágine* es un castigo, es una deshumanización, es una tumba para los esclavos y los amos que la han invadido como garrapatas en las entrañas verdes de un monstruo: “el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ‘¡Huyamos, huyamos!’”, escribe Rivera a mano, grave como eran graves los poetas de 1922, para rematar su descripción de una selva “sádica y virgen” que “procura al ánimo la alucinación del peligro próximo”.

Qué lee uno cuando lee *La vorágine*: que el delirante Arturo Cova, que se llama a sí mismo “amigo de los débiles y de los tristes”, pero es, según su peor enemigo, “un desequilibrado tan impulsivo como teatral”, viaja al infierno detrás de

una mujer llamada Alicia —y se porta más parecido a los anti-héroes modernos que a los héroes de la Antigüedad, más parecido al lado oscuro del Quijote que a Eneas—, pero no trae de vuelta un suvenir, ni una rama dorada, ni una respuesta a la pregunta por el sentido de la experiencia humana, ni un trofeo que reivindique la vida por encima de la muerte, sino, por obra y gracia de Rivera, trae este libro inagotable que tenemos en las manos. Qué es, pues, *La vorágine*: el diario de un tormentoso viaje de siete meses, la descripción minuciosa de cómo el hombre va perdiendo el pulso con su violencia.

9

El señor Arturo Cova, un intelectual, desquiciado y narciso que toma el nombre de un cauchero que existió en la realidad, suelta aquella famosa frase en las primeras líneas de este mismo libro: “jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. Y es así como nos advierte, y eso es lo que hacen los mejores libros en sus frases iniciales y con sus frases iniciales, que leeremos cómo su afán de ser un héroe romántico enamorado de cualquier invención suya —su afán de seguir a Alicia por la selva y de liberar a los oprimidos de sus esclavistas, por ejemplo— lo fue convirtiendo en el villano que puede ser cualquier hombre cuando se permite vivir por encima de los otros, y lo fue enfrentando al horror que espera pacientemente ser notado.

Se encuentra el señor Cova, en su penoso viaje, con una persona que no requiere ser un personaje, con un hombre que no ha tenido tiempo para fingir: el luchador Clemente Silva. Y es entonces, apenas *La vorágine* es tomada por la voz de Silva, cuando Cova entiende que el sentido de su descenso a los infiernos es volver con un libro que documente la pe-

sadilla de los caucheros, que obre el milagro de que la venganza se vuelva justicia: “¡Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! —comienza la tercera parte de esta novela que enardece, que despierta—. Viví entre fangosos rebalses, en la soledad de las montañas, con mi cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de unos árboles que tienen sangre blanca, como los dioses”.

10 Y luego dice lo que tiene que decir: “¡A menudo, al clavar la hachuela en el tronco vivo sentí deseo de descargarla contra mi propia mano, que tocó las monedas sin atraparlas; mano desventurada que no produce, que no roba, que no redime, y ha vacilado en libertarme de la vida! ¡Y pensar que tantas gentes en esta selva están soportando igual dolor!”. Y es claro que el gran secreto que viene de la selva de *La vorágine* es el de una sociedad sin reyes ni gobiernos, una sociedad huérfana, como de niños sin padres, que se ha quedado a merced del que sea más violento, del que sea más inescrupuloso, del que tema menos a Dios y a los fantasmas que andan por ahí susurrándonos que obremos bien, que seamos hombres justos.

Cómo lee uno *La vorágine* cuando le llega la hora de leerla: como un libro nuevo de 1924; como un retrato poético de lo que ha estado pasando en Colombia; como la primera novela sobre la violencia colombiana; como una ficción tan documentada, tan hábil, que es parte de la historia del país; como un documento hispanoamericano que no se sacude los viejos relatos vitalistas de la selva, ni las épicas abrumadas por la naturaleza monstruosa, pero que sí se atreve a contar un descenso a los infiernos que nada tiene de heroico. De qué valerse para descifrar el enigma de *La vorágine*, lo que está su-

surrándonos del mundo como si no fuera un libro, sino un fantasma: vale valerse de todos los sentidos de su título, del significado de los nombres de sus personajes, de los recursos de sus cartas y sus manuscritos hallados a tiempo para comprender lo que la novela está contándonos y está diciéndonos.

Quien se fije en cada nombre, en cada descripción, en cada giro inesperado, en cada extravío poético entenderá de golpe, como un relámpago, por qué tarde o temprano lee uno *La vorágine*: porque cada vez que se pasa una página de esta novela vieja y nueva el mundo se va volviendo más vasto y más misterioso y más sobrecogedor; porque cada vez que aparece un personaje nuevo en el camino del protagonista, de este Cova que significa “cueva”, en realidad aparece otra prueba de que la vida es más extraña de lo que se cree y las personas son textos más complejos de lo que parecen. Quien lea *La vorágine* como quien la descifra, que es, creo yo, como hay que leer las novelas inagotables, va a descubrir que la explotada Colombia ha sido desde 1924 —por lo menos— un infierno a la espera de ser remediado.

11

Hemos estado hablando de “la violencia” aquí en Colombia como de una enfermedad contagiosa que se agarra en estas selvas, en estos ríos, en estos barrios. Quien lee *La vorágine*, que tarde o temprano a todos nos pasa, entiende que “la violencia” no está en el huracán, sino en el ojo; no está afuera, sino adentro, como un perro bravo en el camino. Y hay que vivir la vida en puntillas para no despertarla.

Prólogo

Señor Ministro:

De acuerdo con los deseos de S.S. he arreglado para la publicidad los manuscritos de Arturo Cova, remitidos a ese Ministerio por el cónsul de Colombia en Manaos.

En esas páginas respeté el estilo y hasta las incorrecciones del infortunado escritor, subrayando únicamente los provincialismos de más carácter.

Creo, salvo mejor opinión de S.S., que este libro no se debe publicar antes de tener más noticias de los caucheros colombianos del Río Negro o Guainía; pero si S.S. resolviera lo contrario, le ruego que se sirva comunicarme oportunamente los datos que adquiera para adicionarlos a guisa de epílogo.

Soy de S.S. muy atento servidor,

José Eustasio Rivera

*... Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría
extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud;
los que se olvidaron de mí apenas mi planta descendió
al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensen en mi
fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido,
sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad
incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara
vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin
dejar más que ruido y desolación.*

(Fragmento de la carta de Arturo Cova).

Primera parte

Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia. Nada supe de los deliquios embriagadores, ni de la confianza sentimental, ni de la zozobra de las miradas cobardes. Más que el enamorado, fui siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica. Con todo, ambicionaba el don divino del amor ideal, que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara en mi cuerpo como la llama sobre el leño que la alimenta.

Cuando los ojos de Alicia me trajeron la desventura, había renunciado ya a la esperanza de sentir un afecto puro. En vano mis brazos —tediosos de libertad— se tendieron ante muchas mujeres implorando para ellos una cadena. Nadie adivinaba mi ensueño. Seguía el silencio en mi corazón.

Alicia fue un amorío fácil: se me entregó sin vacilaciones, esperanzada en el amor que buscaba en mí. Ni siquiera pensó casarse conmigo en aquellos días en que sus parientes fraguaron la conspiración de su matrimonio, patrocinados por el cura y resueltos a someterme por la fuerza. Ella me denunció los planes arteros. Yo moriré sola, decía: mi desgracia se opone a tu porvenir.

Luego, cuando la arrojaron del seno de su familia y el juez le declaró a mi abogado que me hundiría en la cárcel, le dije una noche, en su escondite, resueltamente: “¿Cómo podría desampararte? ¡Huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor”.
¡Y huimos!

* * *

20 Aquella noche, la primera de Casanare, tuve por confidente al insomnio.

Al través de la gasa del mosquitero, en los cielos ilímites, veía parpadear las estrellas. Los follajes de las palmeras que nos daban abrigo enmudecían sobre nosotros. Un silencio infinito flotaba en el ámbito, azulando la transparencia del aire. Al lado de mi chinchorro, en su angosto catrecillo de viaje, Alicia dormía con agitada respiración.

Mi ánimo atribulada tuvo entonces reflexiones agobiadoras: ¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo, y tus primicias de celebridad? ¡Insensato! El lazo que a las mujeres te une, lo anuda el hastío. Por orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esta criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca; lo lleva uno consigo mismo. Saciado el antojo, ¿qué mérito tiene el cuerpo que a tan caro precio adquiriste? Porque el alma de Alicia no te ha pertenecido nunca, y aunque ahora recibas el calor de su sangre y sientas su respiro cerca de tu hombro, te hallas, espiritualmente, tan